

EL BOSTEZO UNIVERSAL

El pasado miércoles, en un hotel cualquiera, me despertó un rugido monstruoso. Cuando salí al pasillo me topé con otras personas también atónitas ante lo que acababan de oír. ¿No les ha parecido un bostezo?, dijo una señora.

Sí, había sido un bostezo, gigantesco, terrorífico. Y volvió a atronar, ahora incuestionable, con su primera fase, lenta, como una aspiradora descomunal que amenazaba con retirar todo el aire disponible en el Planeta; y con su segunda fase, mucho más larga: la de expiración: apática y violenta a la vez. Salimos a la calle, helados de frío, y allí se habían congregado cientos de perplejos. “Pero qué pasa”, dijo alguien. Y tras unos segundos de inquietud nos golpeó el mazazo de un tercer bostezo que ahora, ya en el aire libre, nos hizo pensar que provenía de los pulmones de toda la Humanidad.

Desde aquel día las autoridades mundiales han instalado televisores en los pocos hogares que no los tenían, y están subvencionando el acceso de todos los telespectadores a todas las cadenas de pago. Los cines, teatros, circos, museos, exposiciones, conciertos, parques de atracciones, zoos, centros temáticos y exposiciones, son gratis. En cualquier esquina aparecen saltimbanquis, mimos, payasos, músicos, guiñoles, drags, magos, bailarines, zancudos, encantadores de serpientes, cuentacuentos. En las empresas se han multiplicado los programas de motivación personal, de incentivos extraeconómicos, y de no sé cuántas cosas más...

La enfermedad ha remitido: los bostezos son mucho más débiles y espaciados. Dicen que la clave ha estado en la televisión. La sangre corre de nuevo por el cuerpo de la Aldea Global -ya no hay amenaza de gangrena-, las bolsas de valores han frenado su estrepitosa caída y el Presidente del Banco Mundial afirmó ayer que podemos ser optimistas. Mientras le escuchaba, en la radio de un taxi de Nueva Delhi, me pareció ver sentado en una acera al pintor chino de uno de los “Cuentos Orientales” de Margarite Yourcenar (¿Hay alguien que no los haya leído todavía?), ese anciano que convertía en Belleza cualquier cosa que entrara por sus ojos. El artista contemplaba aquella ciudad india, sentado en la acera, improductivo, infinitamente excitado, con los ojos encendidos de entusiasmo y de veneración por la Gran Obra de Arte del Mundo.

No se aburría.